

María Aurelia Briceño Sulbarán



**De media página,  
relatos y reflexiones**

Fundación Editorial



elperroylarana  
estadoPortuguesa





**De media página,  
relatos y reflexiones**



# **De media página, relatos y reflexiones**

**María Aurelia Briceño Sulbarán**  
*Leyya*

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2018  
Centro Simón Bolívar, torre norte piso 21. El Silencio  
Caracas-Venezuela 1010  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.  
correo electrónico:  
comunicaciones@fepr.gob.ve  
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve  
www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve/mppc/

©Ediciones Sistema de Editoriales Regionales, 2018  
Guanare-Portuguesa 3350  
correo electrónico:  
portuguesa.ser.fepr.@gmail.com

Diseño y diagramación: Reinaldo Guanda  
Imagen en portada : Diana Durand

Depósito Legal: DC 2018000998  
ISBN: 978-98014-4196-0

El Sistema de Editoriales Regionales (SER) es el brazo ejecutor del Ministerio del Poder Popular para la Cultura para la producción editorial en las regiones, y está adscrito a la Fundación Editorial El perro y la rana. Este Sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una editorial-escuela regional que garantiza la publicación de autoras y autores que no gozan de publicaciones por las grandes empresas editoriales, ni de procesos formativos en el área de literatura, promoción de lectura, gestión editorial y aspectos comunicacionales y técnicos relacionados con la difusión de contenidos. El SER les brinda estos y otros beneficios gracias a su personal capacitado para la edición, impresión y promoción del libro, la lectura y el estímulo a la escritura. Y le acompaña un cuerpo voluntario denominado Consejo Editorial Popular, cogestionado junto con el Especialista del Libro del Gabinete Cultural estatal y promotores de literatura de la región.





## **Pinto lo que leí**

Conocí a María Aurelia Briceño Sulbarán un día de libros. En un lugar de libros: la biblioteca. La conocí completa aunque seguro andaba a media página, como andan los escritores cuando las ideas lo asaltan, por el libro que se está horneando en la mente o por el que está de editorial, porque nunca el escritor deja de cazar de ideas, la hoja de su imaginación no vive en blanco y seguro ella andaba en eso, viendo qué le servía como alimento para la creación porque sus textos pintan literatura que extrae de la cotidianidad; los días soleados de Guanare, las muñecas de trapo que alguna vez le confeccionó a la nieta, los vecinos y sus cosas, los amigos y con ello quiere acercar la literatura a esos oficios tan significativos como la cocina, como el mismo acto de leer y en ese escribir de media página a media página va llenando al lector de recuerdos, de narraciones que se van haciendo ella, con sus libros y su cotidianidad, con sus niños de la comunidad de lectura, pero también nos va haciendo a nosotros porque al leerla entramos en su imaginación.

*Jesús Pérez Soto  
22 de mayo de 2018*



*“Todo retrato que se pinta con sentimiento es un retrato del artista, no del modelo”*

*Oscar Wilde*



## Literatura y cocina

Innumerables veces en la historia estas magistrales artes del ser humano se han entrecruzado y combinado, fundiéndose para mostrarnos con vehemencia que en cuanto a capacidad de crear no tenemos límites. Cuando en una lectura nos topamos con la cocina, su autor ha vertido en ella, con el corazón, sus más secretos gustos y anhelos.

Siendo múltiples los cruces entre literatura y cocina nos detendremos en dos obras de relectura intensa, “El Gatopardo” una singular novela escrita entre 1955 y 1956 en el Círculo Bellini de Palermo por Giuseppe Tomasi, Príncipe de Lampedusa, de allí extraemos este texto de exquisito sabor, “el aspecto de aquellos monumentales pasteles era bien digno de evocar estremecimientos de admiración. El oro bruñido de la costra tostada, la fragancia de azúcar y canela que trascendía, no eran más que el prelude de la sensación de deleite que se liberaba del interior cuando el cuchillo rompía la tostadita capa, surgía primero un vapor cargado de aromas y asomaban luego los menudillos de pollo, los huevecillos duros, las hilachas de jamón, de pollo y el picadillo de trufa en la masa untuosa muy caliente, de los macarrones cortados cuyo extracto de carne daba un precioso color gamuza”. Lampedusa nos cuenta la Sicilia de 1860 y cómo su cocina impregna y sobrevivirá a aquella sociedad que daba sus últimos pasos en la historia.

En la literatura reciente nos encontramos con el “Tratado de Culinaria para mujeres Tristes” de Héctor Abad Faciolince, publicado en Medellín en 1996. Una obra

que combina poesía, reflexiones y humor, encontramos allí estos sugerentes textos “En las tardes de lluvia menuda y persistente, si el amado está lejos y agobia el peso invisible de su ausencia, cortarás de tu huerto veintiocho hojas nuevas de hierba toronjil y las pondrás al fuego en un litro de agua para hacer infusión, en cuanto hierva el agua deja que el vapor moje las yemas de tus dedos y gírala tres veces con cuchara de palo... bébela sorbo a sorbo de espaldas a la tarde en una taza blanca. Si al terminar la tarde el agobio persiste, puedes estar segura de que él no volverá”. Así son literatura y cocina... por la vida.

## Sudor y caminatas

Los días de verano son brillantes, limpios y casi todo el año es verano. El calor mayor llega en oleadas a horas fijas. Alrededor de las 3 de la tarde llega una, el sudor chorrea, resiste a todo, hay que quietarse y dejarlo hacer, vienen dos horas fáciles, a las cinco llegará otra, el sol se despide fuerte, los pájaros a esa hora regresan a las plantas de brusca y flor de la sangre por su comida postrera. Otros minutos de quietud obligada por el agobio del calor. Deja el sudor, no lo veas, no lo estorbes, viene luego la hora de caminar y la brisa lo pegará a tu cuerpo, como una segunda piel, como parte de uno ya. Es la hora mágica de la luz dicen y un resplandor suave, indescriptible inunda el cielo, baja a la avenida, a los samanes, a los otros caminantes, cae sobre los techos de las casas, resplandecen los rostros, las miradas, y entonces entendemos que en esas caminatas nos hallamos un poco.



## Nueva etapa

Me levanté temprano pues no había preparado nada, como si me resistiera a creerlo. Agradecí a Dios por el descanso y la bendición del nuevo día. Me vestí y calcé, tomé mi vaso de agua, hice de prisa unas respiraciones al aire libre, aprovechando los frescos y fugaces vientos que corren en las mañanas predecembrinas. El café vendría después, no quiero sorpresas, me dije, después de todo hoy comienza una etapa quizás inesperada, pero que a muchas mujeres nos llega algún día. Aunque había pensado en eso, lo recuerdo, a veces corremos la arruga hasta donde se pueda. Busqué bolsas, saqué de los tobos las que estaban llenas, rebusqué aquí y allá que no quedara nada, una tarjeta usada, una bolsa de papel del pan, un plátano pasado, un barquito de papel que habían hecho los niños, bueno los restos del barco. Bajé la cabeza, y con pasos apretados, tal vez unos trescientos, hice por primera vez, lo que mis vecinas han hecho toda su vida...saqué la basura.

## Hacia la noche

Mientras se arregla la ligera blusa de verano que muestra un talle juvenil y delicado, su cabello ondea suavemente iluminado por la luz temprana del atardecer. Sin percatarse del barullo propio de la hora pico, espera serena, tranquila, su frente despejada por el viento, apenas su pierna enfundada en pulcro jean se apoya con leve tensión en la superficie pulida y brillante de un azul intenso, tornasolado. Al cambiar el semáforo, se yergue, su postura es ahora regia, su perfecto rostro se levanta y en sus ojos estalla la luz de sus pensamientos. Los movimientos de sus manos decididos, diestros, precisos. El sol ya tímido a su espalda. Ella prosigue veloz, en su moto, hacia la noche.

## Muñecas y agujas

Esquivan toda precaución, rebasan límites, desdeñan trazos, al hacer una muñeca de trapo la batalla es con las agujas. En ocasiones ellas imponen su criterio a pinchazos, tienen vida propia, pensamientos propios, pareceres propios. Hay momentos cuando con líneas caprichosas, alocadas, parecen dibujar secretos anhelos, intentas una puntada muchas veces y la aguja porfía, nos gana su insolencia azarienta.

Al final, las facciones son una amalgama perfecta de diseño y descaro que sorprende, se revela una simbiosis en la creación y surge la muñeca de trapo en su imperfecta belleza.

## Olas

Recreándome en el jardín, pienso en tantas olas que conozco, olas en el mar, olas de pájaros azules, amarillos, negros, grises, olas de mariposas, de palomas domésticas que miran con desdén a las minúsculas palomas montaraces, olas de brisa, olas de recuerdos sedosos o amargos. Olas que como todas pasan y vienen, como siempre, otras. Olas de entusiasmo y de ideas. Olas de desencanto. Olas de altruismo y olas de egoísmo. Olas de audacia y olas de repliegue. Olas en lluvia y olas en sequía. Y todas ellas inevitables, vivibles en su hora.

## En esa casa...

La casa ha cambiado muy poco desde esa tarde. Una sola puerta, una sola ventana, un poco alejada de la acera, sin porche, desnuda, pequeña. Las construcciones alledañas casi la ocultan, apenas se ve, el tráfico es veloz ahora, por ser corredor vial, pero casi podemos reconstruir fielmente aquella tarde cuando una joven mujer llegó deshecha, quizás ya había dejado de contar las noches sin sueño, la esperanza había quedado lejana en su vida y aquel esposo, padre de sus hijos, cada día más distante, inasible ya. Llegó ella desde Acarigua, alguien le había dado las señas y allí lo encontró... con la otra. Un hombre buenmozo él, experto en armas de fuego, seguro de sí mismo, con toda la galantería de la treintena. Ella hizo la pregunta fatal— ¿Con quién te quedas por fin, con ésta o conmigo?— ¿Oyó la respuesta? No sabemos. A ciertas preguntas la contesta es sabida, sólo queda la ilusión de un desmentido, de un aplazamiento del dolor. Ella extrajo el arma de su bolso y él se rió—¿Qué vas a hacer? Sabes que ese revólver no sirve—Lo mandé a arreglar — dice ella más desfalleciente que resuelta. —No sirve, te lo digo yo—riposta Él más seguro que nunca— ¿me vas a disparar? ¡Hazlo! Algunos vecinos recuerdan un disparo aturdido, débil. Al pasar por ahí dicen, en esa casa mataron un hombre.

## Luz y recuerdos

La luz de los días soleados en Guanare es incomparable. Es brillante, serena, ilumina todo, hasta los pensamientos. Penetra el alma, nos hace recordar otras luces del día en la lejana infancia, una luz con vientos de río, y el singular aroma de los cafetales en flor. Eran los días de ensueño esperando mejores tiempos, en lugares desconocidos pero vívidamente imaginados. Los días cuando todo parecía lejano y a la vez al alcance de la mano. Días en que todo estaba más adelante...por llegar, y todo se vislumbraba fácil, sin tropiezos, camino llano para avanzar.

## El canto de sus sueños

Cantas bien bonito —le dije. Ella levantó su hermoso rostro, con todo el fulgor de la esperanza en la mirada de sus 15 o 16 años y con el empuje de la resolución ripostó— todos cantamos en la familia, cuando yo vaya a Mérida en la Universidad me pondrán a cantar mejor, lo sé. Pienso terminar el bachillerato cuanto antes para empezar una carrera y los estudios de canto, a mi hermana la enseñaron allá y ahora canta tan lindo que ya ni le reconozco la voz.

Se quita el sudor de la frente, descansa de sus labores de arreglo en el hogar, se arregla unos mechones color caramelo que le caen en la cara y continúa entusiasmada con sus planes —cuando cumpla dieciocho ya estaré en la Universidad, cantando—

Unas vacaciones en el campo la regresaron a la ciudad con petición de mano y el bachillerato pospuesto. Tenía tiempo sin verla, el matrimonio y la vida del campo la engordaron un poco y anda muy atareada en diligencias con sus niños. Imagino que aún soñará con los escenarios de la Universidad y sus clases de canto mientras arrulla a sus hijos con su preciada voz.

## Alejandra, te amo

En la parte posterior de la puerta, casi borrado, el tiempo ha hecho su labor de desteñido, con esfuerzo se puede leer esa declaración de amor tan íntima, tan personal. Esa era la habitación del adolescente, algunos restos de calcomanías despejan otros intereses, nos hablan de su tiempo, sus cantantes y los logos de época pero el nombre de la amada porfía y sobresale por sus grandes letras blancas sobre la pátina de la madera. El hombre hoy con otra vida, un amor asentado en hogar propio, selló con esos trazos, en un instante ya pasado lo que fue su sueño juvenil, así en una noche de esas nuestras de calor y de insomnio, su mano rozó el silencio de la casa para mostrarnos, años después, quien atizaba el fuego en su corazón.



## Paula

Conocí en mi vecindario hace años a una dulce y menuda mujer, muy apreciada por sus vecinos, dedicada al hogar y a sus hijos, de buenos modales, voz suave y discreta que salía poco de casa,. Una tarde conversando con ella me dijo —yo te conocí de niña pero tú no me recuerdas— Hice memoria y no me llegó a la mente ni por asomo quien era ni en qué momento pude conocerla. —Soy Paula, viví frente a tu casa cuando vivías con tus tías.

Poco a poco recordé una figura etérea que al atardecer se asomaba a una ventana de barrotes de madera de una casa desierta, sin niños, con cabello peinado al estilo afro, los labios pintados del color de los jazmines esos que llaman “buenas tardes”, su intenso perfume traspasaba la calle y llegaba hasta nosotras. A veces lucía pulseras y collares, zarcillos largos siempre y una mirada distraída, sin luz. Sólo una vez la vi de pie con una amiga, llevaban unos zapatos charolados de tacón altísimo que llamaban puente sobre el lago y ese día nos dijeron sus nombres: Paula y Flor de María. Por la noche llegaban sus clientes y no la veíamos más.

## Juana y Pedro

El más arrebatador de los amores lo entreví por una cerca de estantillos en el hermoso pueblo de mi niñez, cuando Juana consiguió su primer empleo en la cocina de una escuela rural. Pasados los treinta y con 5 retoños de padres que habían salido a comprar cigarrillos y no regresaron nunca, cada madrugada la oíamos apurar el almuerzo de los hijos antes de irse a sus labores. La modesta vivienda comenzó a brillar, por la tarde limpiaba y adornaba frenéticamente aquella minúscula casa, un sábado la única ventana se engalanó con una cortina estampada de flores variopintas. El cabello ensortijado y oscurísimo brillaba con aceite perfumado, el empleo estaba obrando maravillas. Un viernes Juana regresó con un primo que vino a pasar el fin de semana y hubo muchos guisos en la cena, los vecinos pensaban que era mucha fiesta para un primo. Él un joven moreno, fornido, quizás veinteañero y muy oficioso, desyerbaba el solar y traía bebidas y música. Poco a poco los fines de semana se hicieron festivos y ellos ya sincerados se veían por la cerca del patio, otras veces se sentaban al frente de la casa a tomar el fresco de la tarde, agarrados de mano y sobrados de caricias. Sus amores contagiaban y el canto no faltaba, Juana aparecía llena de vida, floreciente, otro niño venía en camino a completar aquel amor estruendoso y vital. Un anochecer Pedro salió y antes de cerrar la puerta le dice muy bajo a Juana: Compraré unos cigarrillos y ya vuelvo.

## Judas en la ciudad

Es jueves santo, la luna asoma apartando sombras y en la esquina cuatro jóvenes se anticipan al fresco de la noche con franelas de manga larga, un cigarrillo que pasa de mano en mano y dos latas de refresco forradas en papel. —Este domingo de Pascua tendremos el Judas más grande, que va a resonar en todo el barrio— Falta plata para cohetes y traquitaquis. —Recogemos algo más y nos vamos temprano. Judas va tomando forma unas cuabras arriba, al amanecer estará listo para el relleno.

—Panas, una colaboración para el Judas que es el mejor del barrio—

Las balas hicieron trizas el pote de Alberto y con la vida en los pies corrieron tras un portón. Hoy las autoridades interrogan a los tres sobrevivientes, buscan pistas pero solo quedaron los potes y unos pocos billetes regados en la calle.

Judas sí se salvó... en el barrio no hubo fiesta.

## Amores en piedra

Es una habitación de propósito. Allí están ordenados los recuerdos de viajes, de aniversarios, de cumpleaños, los discos, los libros, banderines, afiches, pashminas, tickets de trenes y metros en ciudades en primavera, invierno, otoño. Y las fotografías, la vida queda apresada en las fotos, las sonrisas, los pesares y las dichas, la carcajada no se oye pero se intuye.

Y las piedras, sí piedras. En muchos viajes E. ha hecho pintar piedras para S. con su proverbial don de gentes él ha ordenado los dibujos, los colores, los poéticos textos de amor invariable, piedras chicas, medianas, diminutas, micropiedras, piedras que evocan el amor cuando el amado ha estado distante, que dicen que el recuerdo está presente aun cuando el congreso, el seminario, la ponencia sea muy importante, siempre hay tiempo para buscar al pintor de piedras en cada ciudad, país, continente y dejarle ver un trozo de su corazón que la piedra conservará como una instantánea para S.

## Literatura cercana

Cuando lees se produce una apropiación de lo escrito, te apropias del significado del texto, pero también del élan del autor, el texto viene envuelto en los más íntimos anhelos del poeta o del narrante y así los comparte con el lector. Cuando leemos a autores que conocemos personalmente ocurre un trasvase emocional inefable, una experiencia no narrable, fluyen los pareceres, la visión del otro que es nuestro amigo, permea el sentir y somos uno, es más que lectura una real apropiación. A ese crear, escribir de la gente cercana a mi corazón, es lo que he dado en llamar “literatura cercana”, letras de relectura continua entre los que encuentro a Lisandro Urriola Alvarez y sus preciosos escritos en los periódicos regionales, Eric Urriola, sus poemas y escritos dispersos en los años estudiantiles, más sus cuentos recientes, Elizaria Flores, poemas duros, llamados a despertar, que hemos paseado en recitales en esta tierra amada, Arianna Godoy, el poema a su padre Genaro, Raquel Rivas sus cuentos y la novela que me enseñó cómo se entiende el país viviendo bajo otros cielos, Jairo Rojas poemas y más poemas y el alma andina en ellos. Miguel Hidalgo Prince con sus cuentos de Caracas que me recuerda la sesentosa ciudad que conocí y la de Massiani en Piedra de mar, los juveniles cantos de amor de Luis Arocha Jiménez, el poema de Job Jurado que describe el increíble canto del colibrí que he oído tantas veces en mi jardín. Poemas, cuentos, post de blogs, novelas, realmente cercanos.

## La plantilla

*A Clímaco y Gerónima, a su memoria y a  
sus corazones de tierra, de pura tierra.*

### I

Era uno de esos días cuando, aún después de haberse ocultado el sol, seguimos oyendo el canto ensordecedor de las chicharras, y ya no son ellas, sí, un eco fantasma en los oídos. Las chicharras anuncian, alborotan y despiden el verano andino. Un rosa suavísimo nos sorprende en los arcos floridos del rabo' e ratón y contrasta con el fulgor de los encendidos gallitos de los bucares que aquí y allá también bordean el camino. Ese camino que nos hala hacia arriba, a la cima, a los cafetales....a la casa del abuelo. Los días navideños, sus vientos fríos, misas de aguinaldos, hallacas y estrenos quedan atrás y de repente, llegan los luminosos días del verano, entonces los viernes por la tarde, en tropel y ansiosos, tomamos el camino y huimos del sopor canicular del pueblo. El sol del febrero, que casi termina, nos emboba y en lo más empinado de la cuesta, cuando el aliento ya no alcanza, de súbito aparece la entrada a la casa, el camino real sigue de largo, pedregoso y desnudo, y ahora por un ramal de hojarasca, entre añosos mangos, llegamos. Centenarias y gruesas paredes de adobe resguardan la casona, al fondo un corredor y la eterna huerta, el patio encementado del café, al frente.

Poco a poco había vuelto a sus quehaceres el abuelo, un tabardillo feroz lo mantuvo en cama más de lo acostumbrado y la abuela lo alentó a fuerza de

promesas a los santos de su altar, caldos de pichón y bebedizos. Ella bajó temprano al pueblo en busca de plata y comida. El abuelo quizás necesitaría también un reconstituyente, hablaría con Don R. Bajó ese día, pero no regresó...bueno sí regresó con la fresca de la tarde, con el sol bajito, pero... ya no era la abuela. Con mirada esquiva, ceñuda, con sus rasgos indígenas tan pronunciados que parecían revivir tiempos aciagos, con hablar entrecortado como conteniéndose pues temía que saliera impetuoso todo lo que llevaba adentro, o quizás había extraviado su voz y creía que la tenía aún. Ese día caímos de bruces... en la vida.

## II

Para el abuelo siempre es tiempo de hacer algo, la pereza no arraiga en estas tierras frescas y altas, el café en colador humea y su aromático vaho anuncia que amanece, él lo bebe de prisa, con sus botas de goma, garabato y machete se va ladera abajo. Sus pisadas labran camino en la hojarasca que el relente de la noche humedece y por allí cada mata de café es hechura de su mano, diestro las ha trasplantado y desyerbado, las cuidó en los lentos años hasta que la primera floración confirma que todo ha ido bien, y las sigue atendiendo con tesón paternal en la larga sucesión de inviernos y veranos.

En tiempo de cosecha, año tras año los cogedores suben a las haciendas desde distintos lares, ese es su oficio, las manos precisas se deslizan cuidadosamente, zafando de los tallos, como acariciando a los brillantes granos rojos del café, y van al catabre de bejuco

entretejido que cuelga en la cintura, nadie quiere desperdiciar ni uno pues a cada quien se le mide su trabajo en unas latas mantequeras, por latas cobran esta labor, no por jornada, al terminar ésta cada cogedor anota con echonería su número y las chanzas harán rabiarse a los menos expertos. A mediodía la abuela baja rejendiendo monte, acompañada de algún muchacho trae el almuerzo, sobre hojas de cambur se disponen los platos y se van llenando, entonces en la hacienda, el olor de los guisos humeantes se esparce, se reparten las arepas y una alegría silente recorre ojos y rostros mientras se come con gusto. El descanso es cortico para alargar el día y cuando en la tarde la gente se marcha, las ramas desnudas que cedieron hoy su carga se elevan aliviadas, los cafetales lucen erguidos, desnudos y ahora esperarán otra cosecha. El café se va apilando en el patio para ir al cilindro de despulpe, al lavarse vendrán sus días de secado al sol. Los pies descalzos de los muchachos en danza desordenada se entrecruzan en el patio para extenderlo y de vez en cuando removerlo con el rastrillo para que seque parejo. Un ojo avispa vigila el cielo por si se asoman nubes de lluvia. A veces sorprende y a correr, pues hay que recogerlo a prisa, el agua lo estropearía todo. En estos tiempos una nube, aunque lejana, pone a correr, pues los chubascos son repentinos, copiosos y cuando llueve por días todo rezume humedad, las paredes de barro no resguardan. Nos turnamos para rastrillar y ensacar. Un penetrante olor a café se aposenta en toda la casa, ya la ropa no huele a humo como en la época de lluvia que se seca sobre fogones, ahora huele a café.

Los días de trilla son bien atareados, el cilindro trabaja



sin cesar, y luego de aventado el café va a las mesas de escogido. Siempre venían las escogedoras, rápidas, de ojo experto, extendían el café en los mesones y entresacaban todo grano negro, fruncido, torcido o pasmado y lo ponían aparte, éste por lo general era el café para la casa. Los granos enteros, sanos y robustos se ensacaban para bajarlos al depósito en el pueblo, listos para la venta. Mientras escogían, las mujeres se contaban de cuanto suceso real o imaginario habían tenido noticia, los secretos mejor guardados eran descarnados en estos mesones. Se daban recomendaciones y remedios para evitar las preñeces que tanto las preocupaban, pues a veces el amamantar no resultaba eficaz y los niños llegaban muy de prisa, entre risas, susurros y asombro toda la vida de las haciendas discurría mientras los dedos ágiles limpiaban el grano. En las noches de cosecha había trabajo también, se revisaban las cuentas de los peones para la paga del sábado y había que contar y anotar los sacos del café trillado, listo. A todos el café nos huele a plata.

### III

Guamos, mijaos y colas 'e pava, sombrea el cafetal y en los claros están los almácigos de café, lechosas y naranjos, el abuelo siembra y cuida de todo, para luego trasplantar. Más allá su conuco: guineos, maíz y quinchonchos nos alimentan todo el año.

—Esto era un rastrojo— dice la abuela—cuando llegamos aquí por el 52, monte y culebra pues—porque eso sí había, entre los faros y las culebras no nos dejaban gallinas, hasta el zorro llegaba aquí, como Pedro por su

casa, y se llevaba los pollos en las narices de uno, como un gavilán—esta hacienda tenía tieeeeempo sola, abandonada, ahí dejamos las manos en esos peladeros y véanla ahora buena carga de guineos y titiaros se saca parejo— dice Don R. que nunca había comió tanta lechosa y maduros. Es que su abuelo se le entrega a la hacienda en cuerpo y alma, sin reposo como un ánima en penas, por eso me preocupa que se quebranta tanto últimamente, menos mal que este año le veremos fruto a la plantilla nueva y nos irá mejor. Los guamos que el viejo sembró cuando llegamos ya dan sombra, aquí no había ni patio, en poco esto iba a ser un chirivital, pero donde él pone la mano y echa sudor la tierra revive, él nació pa' eso.

El abuelo sale muy temprano aún cuando no sea tiempo de cosecha, cargando en su marusa una arepa rellena con leche en polvo o papelón rallado para rendir el día, porque no hay para pagar peón y la abuela después de almuerzo también conuquea para que la plata alcance y así es como puede pagar todo para los velorios de la Cruz de Mayo. Son días de fiesta y empiezan con el trajín mucho antes, hay que hacer chicha con tiempo para que esté bien fuerte—ya el maíz está desgranado—recuerda la abuela—Vienen otras mujeres a hacer flores de papel para vestir las cruces y todos ayudamos. Con engrudo, papel de seda y tijeras la fantasía floral se desborda y todo está a punto. Una noche de cantores, violines y cuatros se deja llegar despacio mientras en los calderos el cochino humea, el arroz-carne, los chicharrones, las morcillas y la yuca visten de fiesta la mesa. Si la plata alcanza hasta San Juan tiene su velorio.

## IV

Curtidos por el frío y los vientos de los páramos trujillanos, jóvenes aún, los abuelos bajaron a estas tierras más cálidas, atraídos por las historias de viajeros acerca de inmensos y fecundos cafetales de tantas latas por mata, que en poco tiempo se podría llegar a ser propietario de una plantilla y empezar el sueño de una hacienda propia, donde descansar los huesos cuando viejos. Así de campo en campo, de hacienda en hacienda, un poco encorvados por el desyerbe de cafetales y desvelos por cosechas, llegaron los abuelos aquí, marchados ya los hijos, con un par de nietos, pero con los sueños vivos y guáramo en el corazón. Esto era un peladero—machacaba la abuela—ya esta hacienda estaba desahuciada, Don R. creía que no daba más, por eso pienso venderla nos dijo—aquí se pueden hacer muchas cosas por lo cerca que está del pueblo—pero tu abuelo se empeñó y cuando puso sus pies en el patio y vio desde lejos el pueblo, se empinó para contar los guamos que quedaban, el rastrojo y la desolación y, decidió que ésta sería su hacienda.

Los recios vientos del primer agosto, desgajaron los guamos y fue preciso resembrar café, mientras dos peones ayudaban con el desyerbe, el abuelo consentía las plantitas en los almacigos, hasta los domingos al subir de misa, entresacaba y podaba, pues el café amerita calor de mano tanto como sombra. El café da algunos repositos en el año y se aprovechan para cultivar maíz, caraota, quinchoncho, cilantro, ají dulce y cebolla para acompañar los huevos en la comida diaria, en cambio en días de fiesta o cuando viene gente de visita, el guiso

de un pollo que se libró de la venta, llena de olores sublimes la vieja casona. Al atardecer se trabaja en la huerta, entre tanto en la cocina se empieza a preparar la mazamorra de maíz, ya entrada la noche con el último ordeño de la vaca, esa mazamorra de maíz y leche va tomando forma a fuerza de candela y de removerla con paletón de madera, los muchachos vamos subiendo al fogón para menearla y esta es la hora de los cuentos. Tiempo íntimo, en familia, silencio alrededor del fogón, todos los cuentos tienen aquí cabida, los de Juan sin miedo, y los de miedo, el hachero, el silbón, la sayona, la llorona, Pedro Rimales, el de la flor del olivar, la del hombre que degollaba a sus esposas y las conservaba en un sótano, cuando la nueva esposa descubría el horror ya no tenía escapatoria, el de los tres consejos, el de la hija que negó a su madre el guiso de gallina, y luego al marcharse la madre sin comer, cuando destapó la olla, saltó una culebra gigante que se le enroscó en el pescuezo y tuvo que cargar con ella para siempre. En fin entre cucharada y cucharada, los cuentos de los abuelos se dejaban caer entre nosotros que, asustados y ansiosos, pedíamos repetir otro que hace tiempo nos escuchábamos, o las variantes de un cuento que los abuelos conocían. Después de la mazamorra y los cuentos era señal de coraje salir al patio en la noche cerrada y si lo hacíamos íbamos apersogados pues el miedo no daba para incursiones a solas en ese reino de espantos y aparecidos; de bullas extrañas y cocuyos fugaces. En otras noches los muchachos que sabíamos leer, buscábamos alguna revista o periódico, que llegaban muy de vez en cuando y el abuelo imponía silencio para oír. Y así, a la lumbre movediza del fogón,

nos enterábamos de accidentes, amoríos, del naufragio de un barco gigantesco en un mar nunca visto pero que imaginábamos bravo y tan terrible que llegamos a oír el rugido de sus olas.

Con el café al resguardo o vendido, todos bajan al pueblo, es la época de comprar los estrenos, las telas para llevar a la costurera, pues cada familia tiene su preferida. Un armador es prenda de lujo y si la cosecha daba para eso también se podía comprar la magnolia para el rostro, la loción sonrisa, un perfume codiciado o la brillantina para engalanarse en días de fiesta.

En un arranque de citadismo, la abuela se hizo confeccionar un vestido enterizo como lo había visto en un periódico—nunca me han gustado esos vestidos plisados desde la cintura que uno parece un barril—dijo—eso es para las niñas que son un juso de flacas. Le entusiasmó que le habían contado que Doña Berta vendía unos polvos para teñir las canas, como se tiñe ropa,—algún día iré allá, decía— Diestra con el hacha y el machete, también lo era en los fogones, pues sus pavos guisados se servían en las bodas de las señoritas más distinguidas. Cuando llegaba a una hacienda enseguida fabricaba su horno, esa cúpula de barro le servía para cocer sus sabrosos panes aliñados que en las tardes y mañanas más frías endulzaban nuestra vida y engordaban sus alcancías, cuando ella los negociaba por encargo y por cuentas.

Buen negocio también era recoger café, a pesar del cuidado a los cogedores se les escapaban granos esquivos y el suelo se iba llenando, los muchachos y las mujeres con dedicación iban recogiénolos, tarea silente que demanda concentración y deslizarse

agachadito, cuidándose de los bichos, agarrándose del tronco de las matas, apartando la hojarasca y daba este café su platica, una vez seco y trillado. Las ganancias también eran apreciables en las cosechas de ají dulce, la lechuga y el cilantro tan apetecidos los sábados en el pueblo.

La esperanza ahora estaba centrada en la plantilla nueva que este año seguro daba el primer fruto, eso hacía sonreír al abuelo, pues le había dedicado todo tiempo libre y sus manos y su pulso entero, habían sembrado cada matica, habían desyerbado con cuidado, hasta verlas convertidas en robustas plantas que darían buen café por décadas—aquí vendrán los bisnietos a ayudarme—decía el abuelo—cuando esté más viejo, claro, ahora me basta con un pión—

## V

Ese día la abuela regresó trastornada, sin remedios, sin nada, con una rabia sorda y muda, que no se le escapó hasta la noche, cuando el humo del fogón que por la leña verde no encendía, le sirvió de excusa, las lágrimas gotearon y poco a poco en lenta exprimida dejó caer la desgracia.

Debemos irnos de la hacienda—dijo— y no soltó más prenda. No atinábamos a comprender que pasaba pero sentimos la noche como cuarteándose y sin agarradero.

Hay que arreglar todo—dijo la abuela al amanecer—el sábado viene una gente a ver la hacienda, y si les gusta, se mudarán justo pa' Semana Santa, no sé donde iremos a comer el bagre seco y los dulces este año— si es que

los conseguimos y nos sobra ánimo.

—No, yo mañana bajo y hablo con Don R. esto se arregla de hombre a hombre, hay palabra de por medio—dijo el abuelo— Eso es clavo pasa'ó— refunfuñó la abuela— dizque no está usted pa' tanto trabajo y que es por consideración pues como ha esta'ó tan enfermo últimamente—así que usted no vaya pa'llá, es capaz de creerle eso, vendrá bien engatusao y quedará contento, como si nada—lo que sí debemos hacer es pedile que nos reconozca lo trabajao en la plantilla, eso sí, pues que veamos algo de ella, porque ya no vamos a agarrar fruto, nos va a dejar como quien dice con los ojos claros y sin vista, y eso que él se chanceaba con usted y le decía esta plantilla es como suya... le quitó años de vida, esa fulana plantilla se lo comió a usted, si nos reconoce ese trabajo nos alcanza pa' comprá una cama, pues yo no voy a cargá catres viejos que vale más el flete y de ñapa va y se lleva uno los pesares en ellos. Esta sí que no me la esperaba...mudanza cuando creíamos que la vejez no sería tan dura.

Camino abajo, atravesamos una cortina de gusanos medidores que colgaban de las ramas, vimos al abuelo que venía detrás y echa un último vistazo a los nuevos cafetales que él con su vigor había hecho tan robustos y lozanos, los surcos de su frente se acentúan y la tristeza oscurece la blancura de su cara. Ayer había mandado sus corotos con los muchachos al pueblo. Mañana lo llevarían a ver una parcela que, según le dijo el dueño, será tierra muy buena para auyamas o un yucal, fácil de trabajar porque es tierra llana y apenas dos hectáreas a orilla de carretera. Y el abuelo pensó que quizás era lo que le convenía a sus años, trabajar una tierra plana y fértil, la esperanza hizo aparecer

una sonrisa en el curtido rostro. Y nosotros comprendimos así que el abuelo era un medianero.





## Índice

Literatura y cocina	13
Sudor y caminatas	15
Nueva etapa	16
Hacia la noche	17
Muñecas y agujas	18
Olas	19
En esa casa...	20
Luz y recuerdos	21
El canto de sus sueños	22
Alejandra, te amo	23
Paula	24
Juana y Pedro	25
Judas en la ciudad	26
Amores en piedra	27
Literatura cercana	28
La plantilla	29



La edición digital de *De media página, relatos y reflexiones*.  
fue terminada el 30 de mayo de 2018.  
Sistema de Editoriales Regionales  
Guanare, Venezuela

## De media página, relatos y reflexiones

Alegres, poéticos, nostálgicos, sarcásticos, nos llegan estos relatos y reflexiones en forma de retrato hablado de María Aurelia Briceño y seguro de la vida de las mujeres latinoamericanas y del mundo. Así mismo podremos deleitarnos de estos pedacitos de vidas que en media o en diez páginas completas nos sirve María en la mesa de las palabras, palabras que llegan como “Olas de recuerdos sedosos o amargos”, pero será tan maravillosa y tan cercana esta lectura como si quien escribió fuese nuestra vecina, o como si retrocediéramos el tiempo para visitarla en “La plantilla” de sus abuelos.

Hector Rodríguez



Sistema de Imprentas Regionales

Portuguesa

### María Aurelia Briceño Sulbarán

Las Negritas, Trujillo 1949

Licenciada en Educación de la Universidad Nacional Abierta. Instructora de Formación Profesional INCES, jubilada. Locutora con experiencia en diversos programas radiales. Lectora. Facilitadora en talleres de Crecimiento Personal, Redacción, Relaciones Interpersonales, Asesoría para tesis y Desarrollo del Potencial en diversas organizaciones y comunidades del medio urbano y rural. En actividades como promotora de lectura dirige la Comunidad de Investigación y Desarrollo Literario CIDELIT y la Comunidad de Lectores “Lisandro Urriola Álvarez”, ambas conformadas por niños, niñas y adolescentes que leen, crean y desarrollan investigación literaria en la ciudad de Guanare.

